

n.º 1

2002

Pasado Memoria

Revista de Historia Contemporánea

Instituciones y sociedad en el franquismo



Dirección: Glicerio Sánchez Recio

Secretaría: Francisco Sevillano Calero

Consejo de redacción: Salvador Forner Muñoz, Rosa Ana Gutiérrez Lloret, Emilio La Parra López, Roque Moreno Fonseret, Mónica Moreno Seco, José Miguel Santacreu Soler, Rafael Zurita Aldeguer

Consejo asesor:

Julio Aróstegui Sánchez
(*Universidad Complutense*)
Gérard Chastagnaret
(*Universidad de Provenza*)
José Luis de la Granja
(*Universidad del País Vasco*)
Gérard Dufour
(*Universidad de Aix-en-Provence*)
Eduardo González Calleja
(*CSIC*)
Jesús Millán
(*Universidad de Valencia*)
Conxita Mir Curcó
(*Universidad de Lleida*)
M^a Encarna Nicolás Marín
(*Universidad de Murcia*)
Marco Palla
(*Universidad de Florencia*)

Juan Sisinio Pérez-Garzón
(*Universidad de Castilla-La Mancha*)
Manuel Pérez Ledesma
(*Universidad Autónoma de Madrid*)
Manuel Redero San Román
(*Universidad de Salamanca*)
Maurizio Ridolfi
(*Universidad de Viterbo*)
Fernando Rosas
(*Universidad Nueva de Lisboa*)
Ismael Saz Campos
(*Universidad de Valencia*)
Manuel Suárez Cortina
(*Universidad de Cantabria*)
Ramón Villares
(*Universidad de Santiago de Compostela*)
Pere Ysàs
(*Universidad Autónoma de Barcelona*)

Coordinación del monográfico: Glicerio Sánchez Recio

Ilustración de la portada: *El despropósito*, por Francisco Sevillano Bonillo

Edita: Departamento de Humanidades Contemporáneas
Área de Historia Contemporánea
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Alicante
Apartado Postal 99
03080 Alicante

Distribución: Publicaciones
Universidad de Alicante
Apartado Postal 99
03080 Alicante

Composición: Espagrafic

Impresión: INGRA Impresores

Depósito legal: A-293-2002
ISSN: 1579-3311

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado –electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.–, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Estos créditos pertenecen a la edición impresa de la obra

Edición electrónica:



**TESIS DOCTORALES
UN ESCENARIO GLOBAL. LLEIDA
DURANTE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA**

Índice

Portada

Créditos

TESIS DOCTORALES

**UN ESCENARIO GLOBAL. LLEIDA DURANTE LA
GUERRA CIVIL ESPAÑOLA 5**

Notas 18

Tesis doctorales

Un escenario global. Lleida durante la guerra civil española

SAGUÉS SAN JOSÉ, Joan, Lleida en la guerra civil espanyola (1936-1939), tesis doctoral leída en el mes de junio de 2001 en el Departamento de Historia de la Universidad de Lleida.

A mediados del año 1936, Lleida era una ciudad de poco más de treinta y seis mil habitantes en un entorno eminentemente agrario y que ejercía su capitalidad en una región extendida tanto por tierras catalanas como de la vecina Huesca. Una capital de provincia alejada de Barcelona, dadas las comunicaciones de la época, y que era, y sigue siendo, el único centro urbano con una entidad demográfica relativamente importante en el Poniente catalán. Durante las primeras décadas del siglo xx había experimentado un proceso de transformación económica –mecanización, exten-

sión de los regadíos, instalación de alguna industria moderna— pero aún dominaban las formas de explotación tradicionales. Los mercados locales y comarcales no eran demasiado dinámicos y tampoco existía una clase obrera arraigada ni bien articulada. De hecho ha sido tradicional la debilidad de la estructura de clases en la ciudad. (nota 1)

En este contexto se produjo el levantamiento militar de julio de 1936 que conduciría al desmoronamiento de buena parte del entramado institucional republicano y que abriría la puerta a la guerra y a la revolución. Se ha señalado repetidamente que la guerra civil fue un conglomerado complejo de tensiones y de fidelidades en disputa, las cuales además podían adquirir matices diferentes en función de las historias políticas y sociales regionales y locales. (nota 2) A ello se debe, en parte, que la historiografía local de la guerra civil sea tan abundante y que continúen apareciendo títulos nuevos en los catálogos bibliográficos.

En un escenario relativamente limitado, como es la ciudad de Lleida, los tres años de guerra se tradujeron en una multiplicidad de vivencias que convirtieron este territorio en un auténtico escenario global, en un espacio en el que sus habitantes experimentaron buena parte de los acontecimientos que aquellos años ofrecían. La insurrección militar, las trans-

formaciones revolucionarias, los enfrentamientos de la retaguardia, la proximidad al frente de batalla, la llegada de refugiados, los bombardeos sobre la población civil, la ocupación del ejército franquista y el establecimiento, en plena guerra, de los cimientos del Nuevo Estado.

Durante la primavera de 1936 se mantuvieron contactos entre la guarnición de Lleida y la oficialidad de la UME barcelonesa, además de reuniones preparativas en círculos derechistas –de la reducida Falange local, de tradicionalistas y de cedistas principalmente. Por este motivo el día 18 de julio, después que la rebelión se iniciase en África, grupos de civiles armados estaban en condiciones de salir a la calle, liberar a los presos falangistas que llevaban unos días encarcelados a causa de unos conflictos previos y situarse en lugares estratégicos de la ciudad. Una acción que no encontró ningún obstáculo por parte de unas autoridades de orden público republicanas que ya comenzaban manifestar su debilidad.

A continuación fueron elementos de la guarnición militar los que tomaron las calles, acompañados de la guardia civil. Éstos fueron los encargados de ocupar los edificios institucionales y estratégicos, de declarar el estado de guerra y de clausurar los centros obreros. Sin embargo, no aplicaron la

violencia que el general Mola había reclamado a los sublevados para evitar posibles resistencias e iniciar la depuración política que había de acompañar al golpe. Ni tan sólo se practicaron detenciones.

Esta tibia actitud del comandante de la guarnición, que voces de posguerra como la del juez instructor de la Causa General hicieron responsable del fracaso rebelde en Lleida, permitió a las organizaciones sindicales agruparse en las afueras de la ciudad y preparar un comité de huelga. Este hecho, juntamente con las noticias que iban llegando de Barcelona donde los rebeldes fracasaban, possibilitó la circulación de grupos que manifestaban abiertamente su oposición a la revuelta y que se fuesen sumando a ellos piquetes de soldados.

En estas condiciones las tropas y los civiles rebeldes, salvo un par de excepciones que opusieron alguna resistencia armada, optaron por abandonar sus posiciones para retirarse a la caserna. Ahí fueron detenidos. A diferencia de lo que pasó en las otras capitales catalanas, la oficialidad de Lleida fue ejecutada la noche del 25 de julio sin juicio previo, inaugurando la serie de matanzas colectivas que marcarían el verano de 1936 en la ciudad.

Tesis doctorales

Tras ser derrotadas las tropas rebeldes, las instituciones republicanas no recuperaron el liderazgo de la sociedad sino que se esfumaron, dejando libre un espacio de poder que fue inmediatamente ocupado por las fuerzas obreras. Éstas, con un radical discurso revolucionario pero sin un programa de gobierno previamente definido, levantaron prestas un entramado institucional de nuevo cuño e intentaron poner las bases de una estructura económica que había de conducir el tránsito hacia la nueva sociedad. Mucho entusiasmo, mucho voluntarismo y mucha improvisación. No habían sido las fuerzas revolucionarias las que iniciaron el asalto al Estado.

No existía en el territorio ninguna gran industria, por lo que las colectivizaciones que siguieron a las iniciales confiscaciones de los bienes de aquellos definidos como fascistas, se centraron en las explotaciones agrícolas, en el comercio y en los pequeños negocios –destacando sectores como la hostelería, las zapaterías o el textil. En el intento de derrotar a la propiedad privada jugó un papel protagonista el gobierno municipal, siempre encabezado por hombres de la CNT. Su obra municipalizadora se centró primeramente en el sector de los espectáculos públicos –cines y teatros– para emprender durante el año 1937 su gran proyecto de desterrar la propiedad urbana privada. Uno de los grandes objetivos del

equipo de gobierno anarquista fue la municipalización de la vivienda, una política que topó con una fuerte resistencia entre los vecinos y que generó virulentas discusiones entre los grupos políticos.

La activa presencia del ayuntamiento marca una característica importante del proceso revolucionario en Lleida, su tendencia a situarse al margen de la legislación del gobierno de la Generalitat. Durante los primeros meses se creó un entramado de comités para gestionar las actividades económicas, políticas, policiales y militares, encabezados por el Comité Popular –también llamado de Salud Pública– y una asamblea general de las juntas directivas de los sindicatos y de los partidos obreros con representación en la ciudad –la FAI y la CNT, la UGT y el PSUC, el POUM y la Unión Local de Sindicatos controlada por este último partido. Cuando las fuerzas obreras se integraron en el gobierno de la Generalitat –septiembre de 1936– los comités fueron disueltos para sustituirlos por unos nuevos ayuntamientos en los que se habría de respetar la misma relación de fuerzas frente-populista pactada en Barcelona.

Con algunas resistencias de los sectores más revolucionarios, principalmente anarquistas y poumistas, se constituyó ese ayuntamiento que aceptó acatar la autoridad de la

Generalitat. Pero aún así, en no pocas ocasiones continuó manteniendo una estrategia y unas decisiones que hacían gala de una autonomía que iba mucho más allá de lo legalmente permitido –el modelo de municipalización de la vivienda sería uno de los mejores ejemplos. Por ese motivo las fuerzas republicanas, que nunca quisieron integrarse en el equipo de gobierno del ayuntamiento aunque anarquistas y comunistas así se lo solicitaran, acostumbraban a definir la revolución local con el adjetivo de cantonal. El mes de octubre de 1937, la Generalitat ya había declarado la ilegalidad de los grandes proyectos municipalizadores impulsados en Lleida.

De lo dicho hasta ahora se desprende que también se produjeron los conflictos políticos propios de la retaguardia republicana catalana. Entre el otoño de 1936 y la primavera de 1937 las distintas facciones revolucionarias y republicanas se enzarzaron en violentas disputas –periodísticas, políticas e incluso armadas con alguna víctima mortal– que culminaron en el intento anarquista de controlar por la fuerza el Castillo Principal, la antigua catedral destinada a usos militares desde el siglo XVIII, y en la crisis municipal provocada por los comunistas contrarios a las municipalizaciones y al rumbo de la revolución. Los enfrentamientos se fueron ce-

rando, nunca de manera definitiva, en beneficio de los sectores gubernamentales y sobretodo en detrimento de los ilegalizados poumistas.

La violencia, entendida por sus ejecutores como un instrumento quirúrgico y depurador necesario en la génesis de la sociedad futura, tendría aquí también un espacio destacado. Los enemigos de la revolución, reales o supuestos, vivieron una situación especialmente difícil durante el verano y el otoño de 1936. Los militares detenidos al fracasar la sublevación, clérigos y religiosos —el marcado carácter anticlerical de esta violencia sitúa la diócesis de Lleida entre las que sufrieron más bajas— y personas asociadas a la derecha política y social fueron las principales víctimas de paseos, de sacas y de los procesos sumarísimos de la justicia popular. En este sentido cabe destacar la acción de un tribunal popular organizado en Lleida el mes de agosto de 1936, antes que el *conseller* Andreu Nin (POUM) los crease por decreto desde el gobierno de la Generalitat, que actuaba sin respetar ninguna garantía jurídica.

Además de todas estas cuestiones, más de índole política, la población leridana también hubo de padecer los efectos directos de la guerra. Mientras el frente aragonés se mantuvo estable, fue la capital de provincia republicana más cer-

cana a las líneas de combate, con todo lo que ello suponía. La ciudad era zona de paso de unos milicianos que acudían a la lucha no siempre de manera ordenada, y a la vez despena y hospital de los que ya se encontraban en ella.

A todo ello cabría añadir las dificultades para abastecer y dar trabajo a una población creciente, especialmente cuando los refugiados llegaron de manera importante. Por otra parte, si en los primeros meses de guerra las llamadas a organizar eficazmente la defensa pasiva no obtuvieron un eco adecuado entre los vecinos, los efectos más dramáticos de la guerra se hicieron patentes en el bombardeo del 2 de noviembre de 1937 donde muchas mujeres y niños perdieron la vida –un mercado y un centro escolar se encontraron entre los edificios más afectados, dando al ataque notoriedad internacional.

Este raid aéreo, realizado por aparatos alemanes, anunciaba ya que la suerte de la República en Cataluña, o al menos en su mitad occidental, no estaba garantizada en absoluto. A pesar de ello, durante los últimos meses del año 1937 y primeros del 1938 las formaciones políticas locales mantuvieron vivos los enfrentamientos y las desconfianzas –entre enero y febrero aún se vivió una última crisis municipal– que

sólo intentaron realmente superar cuando ya se anunciaba la ruptura del frente aragonés.

1938 se inició con el optimismo poco sólido que inspiró el fugaz éxito de Teruel, celebrado en la prensa leridana como el primer paso hacia la victoria final. Pero lo que se aproximaba no era justamente un triunfo.

La mayor parte de la ciudad pasó el último año de guerra en zona *nacional*, teniendo en cuenta que durante nueve meses –entre inicios de abril y las navidades– el río Segre que la cruza se convirtió en línea de fuego. De esta manera, fue la primera capital catalana que cayó en poder del ejército franquista y la primera en presenciar lo que podríamos llamar franquismo de guerra. Si en el discurso de los que se alzaron contra la República, la derrota del supuesto separatismo tenía tanta importancia como la desarticulación de la imaginaria revolución anarco comunista y del sistema democrático que le había abierto la puerta, la ocupación de Lleida significaba que España también empezaba a amanecer en Cataluña.

El 3 de abril de 1938 cayó la porción de Lleida situada en el margen izquierdo del río –la derecha, escasamente poblada, quedaba en manos del ejército republicano hasta iniciarse la segunda ofensiva sobre Cataluña a finales de año. Dos días

después Franco firmaba el decreto de su gobierno que derogaba el Estatuto catalán aprobado por la República el 1932. A partir de aquí los militares, verdaderos amos de la ciudad, pudieron comportarse como un auténtico ejército de ocupación que se sabía el próximo ganador de la guerra.

Las fuerzas militares, tal y como estaba previsto en el ordenamiento de la zona franquista, procedieron a designar las autoridades civiles. Un antiguo tradicionalista reconvertido al falangismo como primer gobernador después que la República y el Estatuto los hubiesen suprimido, concejales, alcalde y diputados provinciales. Cargos en los que se situaron representantes locales de los diversos sectores que se contaban entre los vencedores. A pesar de ello, ya durante el mismo 1938 se organizó un primer grupo de presión que pretendía ejercer su influencia política desde la sombra, al margen de las instancias oficiales. Una práctica que después sería típica del funcionamiento político franquista.

El hecho de encontrarse en primera línea de fuego, con las dificultades que conllevaba, no impidió que se fuesen poniendo algunos pilares básicos para el estado vencedor: las instituciones políticas, el partido, la recuperación del culto –la primera Primera Comunión que pudo realizarse adoptó todas las formas de una manifestación política–, los homena-

Tesis doctorales

jes a los mártires, los cambios en el callejero, etc. Y todo ello aderezado con la política represiva y el estricto control social que ya nunca abandonaría la dictadura, aunque ésta fuese retocando las formas.

A comienzos del mes de abril de 1939 las autoridades de Orden Público ordenaron una investigación para intentar averiguar el origen de unas joyas encontradas en el desván de un edificio de la calle Mayor. Las pesquisas permiten reconstruir la historia de la comunidad de vecinos durante la guerra. (nota 3) Cuando estalló, la formaban un ingeniero con su mujer y sus hijos –uno de ellos sería un destacado falangista años después–, un canónigo con sus sobrinas y un sastre de filiación socialista. El ingeniero fue ejecutado en un pueblo de Huesca donde estaban pasando unos días de descanso estival y el canónigo corrió la misma suerte en las calles de Lleida. Sus familias abandonaron el edificio.

Los dos pisos vacíos fueron ocupados por una familia de comerciantes republicana y por uno de los líderes de la revolución, persona de larga tradición en el comunismo y en el sindicalismo agrario local. Posteriormente, la ocupación volvió a cambiar la nómina de inquilinos. El sastre desapreció, el dirigente revolucionario huyó y la familia de comerciantes dejó la ciudad por el peligro del frente. Cuando estos regresaron,

en su piso se había instalado un médico que formaba parte de la comisión gestora municipal. Y en los otros, un brigada del ejército en la reserva que administraba los bienes de la propietaria del inmueble y otro sastre, ahora derechista.

Durante todo este período, el edificio padeció registros de patrullas revolucionarias y de soldados ocupantes. Y el desván se convertía en el lugar donde depositar las pertenencias personales, los muebles, los objetos religiosos, etc. que los inquilinos abandonaban con la esperanza de recuperarlos cuando las cosas volvieran a su cauce. Sin embargo, el mes de abril de 1939 el desván tenía todo el aspecto de un campo tras la batalla.

Tesis doctorales

1. Para los años republicanos en las tierras de Lleida ver BARULL, Jaume, *Les comarques de Lleida durant la Segona República (1930-1936)*, Barcelona, L'Avenç, 1986 y Mir, Conxita, *Lleida (1890-1936), Caciquisme polític i lluita electoral*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1985.
2. Véase CASANOVA, Julián, "Guerra civil, ¿lucha de clases?: el difícil ejercicio de reconstruir el pasado", *Historia Social*, n.º. 20, (1994), pp. 135-150.
3. La documentación procede del fondo de Orden Público del archivo del Gobierno Civil de Lleida.